

Dos libertadores (2.1–25)

Un varón de la familia de Leví fue y tomó por mujer a una hija de Leví, la que concibió, y dio a luz un hijo; y viéndole que era hermoso, le tuvo escondido tres meses. Pero no pudiendo ocultarle más tiempo, tomó una arquilla de juncos y la calafateó con asfalto y brea, y colocó en ella al niño y lo puso en un carrizal a la orilla del río. Y una hermana suya se puso a lo lejos, para ver lo que le acontecería. Y la hija de Faraón descendió a lavarse al río, y paseándose sus doncellas por la ribera del río, vio ella la arquilla en el carrizal, y envió una criada suya a que la tomase (2.1–5).

Hace muchos siglos, la nación de Israel estuvo en cadenas. Este pueblo había gozado del favor de Dios una vez, pero ahora se hallaba oprimido. Había sido el pueblo especial de Dios, con Su promesa de grandeza brillando en sus ojos. Con el transcurrir del tiempo, Dios guardó cada vez mayor silencio. Por cuatrocientos años Dios no le habló a profeta ni a sacerdote. Durante este silencio, el pueblo de Israel llegó a caer bajo el yugo de la esclavitud. Generaciones enteras del pueblo escogido de Dios fueron tratadas despiadadamente. Inmisericordemente, los egipcios echaron al río Nilo a los niños menores, e hicieron trabajar de manera brutal a los hombres y a las mujeres. No había descanso para sus exhaustos cuerpos.

En otro tiempo y lugar, el pueblo de la promesa fue esclavizado, no tan sólo por un despiadado imperio romano, sino por la maldición del pecado. Nuevamente, Dios había guardado silencio por más de cuatro siglos; Él no le había hablado a profeta ni a sacerdote alguno desde Malaquías. Generaciones enteras del pueblo de Dios se preguntaron dónde estaba Dios. ¿Dónde se encontraba el libertador prometido? Los clamores del pueblo llegaron hasta la sala del trono de Dios, pero por siglos, Dios no respondió. Ellos se llegaron a cansar de orar, pero no perdieron la esperanza.

Al libertador de la nación de Israel se le presenta en Éxodo 2: «Un varón de la familia de Leví fue y tomó por mujer a una hija de Leví, la que concibió, y dio a luz un hijo; y viéndole que era hermoso, le tuvo escondido tres meses. Pero no pudiendo ocultarle más tiempo, tomó una arquilla de juncos y la calafateó con asfalto y brea, y colocó en ella al niño y lo puso en un carrizal a la orilla del río...» (2.1–10). Dios dio comienzo a una nueva era con un recién nacido sin nombre. No importaban los nombres. El principal protagonista de este drama no era un hombre, sino el Dios de los cielos. Dios intervendría en la historia nuevamente. No lo haría con fanfarria de trompeta, sino con el nacimiento de un niño. Este niño debía ser ocultado de las autoridades egipcias y puesto a flotar en las aguas del río Nilo en una arquilla, pero con la ayuda de Dios, él llegaría a ser el libertador de una nación.

En otro tiempo y lugar, Dios intervendría en la historia de una manera muy parecida, con un niño recién nacido acostado en un pesebre. Su llegada no sería anunciada por partimiento de los cielos que la gente pudiera ver —solamente por una estrella que pasó desapercibida para muchos. El pueblo no entendería a este Salvador, el Salvador venido del cielo. Ellos esperaban a un Libertador que partiera los cielos al igual que un rollo, y que destruyera a los opresores de ellos con fuego celestial, pero en lugar de esto, Dios envió a un niño. En lugar de un arca, a este Libertador lo acostarían en un pesebre para alimentar animales. Este niño llamado Salvador, sería Él mismo el arca de seguridad para todos los que creyeran en Él. Éste sería el Libertador de toda la humanidad.

EL PRIMER LIBERTADOR

Nació rodeado de fe

El rey había ordenado que todos los niños varones hebreos fueran echados al río Nilo. Una mujer hebrea dio a luz un niño varón especialmente saludable y hermoso, así que lo ocultó tres meses hasta que le fue imposible ocultarlo por más tiempo. Una riesgosa decisión debía ser tomada. Si el niño era hallado, éste sería inevitablemente echado al río. Desesperada, apostó a la supervivencia del niño y le construyó un pequeño bote.

Movida por la desesperación, sin duda, la mujer depositó a su hijo en las manos de Dios: «Pero no pudiendo ocultarle más tiempo, tomó una arquilla de juncos y la calafateó con asfalto y brea, y colocó en ella al niño y lo puso en un carrizal a la orilla del río. Y una hermana suya se puso a lo lejos, para ver lo que le acontecería» (2.3–4). Note que no se mencionan nombres. El nombre del niño no se da; tampoco el de la madre ni el de la hermana. Dios es el principal actor de este drama. Esta mujer estaba depositando toda su fe y confianza en Dios.

¿Ha sentido usted alguna vez el pánico de perder a un hijo en la multitud? Repentinamente se da cuenta de que su pequeño no está. Busca por todos lados, pero no lo encuentra. Busca hasta que el pánico se convierte en desesperación. Imagínese por lo que estaba pasando esta madre cuando tomaba aquel precioso niño, de tres meses de edad, y lo dejaba en el río. La madre no se quedó para observar al niño, sino que le pidió a su hija, la hermana del niño, que se quedara observando. ¡Cuán vacía debió haberse sentido!

La hija de Faraón descendió a lavarse al río y allí entre los altos carrizos encontró la arquilla:

Y la hija de Faraón... envió una criada suya a que la tomase. Y cuando la abrió, vio al niño; y he aquí que el niño lloraba. Y teniendo compasión de él, dijo: De los niños de los hebreos es éste. Entonces su hermana dijo a la hija de Faraón: ¿Iré a llamarte una nodriza de las hebreas, para que te críe este niño? Y la hija de Faraón respondió: Ve. Entonces fue la doncella, y llamó a la madre del niño (2.5–8).

No se sabe cómo supo ella que éste era un niño de los hebreos. Tal vez, lo supo por la complexión rubicunda del niño, o por la circuncisión (aunque los egipcios practicaban la circuncisión también), o por las cobijas en las que venía envuelto. Por la dirección de Dios, la hermana del niño, María, le preguntó a la hija de Faraón si a ella le gustaría una nodriza hebrea para que criara al niño. Ella estuvo de acuerdo, y María le trajo a su madre, la madre

del niño, para que lo amamantara.

¡Dios está al mando! Dios es soberano en los cielos y hace que las cosas les ayuden a bien a los que lo aman y que conforme a su propósito son llamados (Romanos 8.28). Dios tomó esta horrible situación, la muerte de los niños varones, y la revirtió. Hizo que lo malo se tornara bueno. De hecho, si no hubiera sido por la orden de Faraón de darle muerte a los niños menores, Moisés, el primer libertador, no hubiera sido criado en el palacio de Faraón para aprender las costumbres y la sabiduría de los egipcios.

He sabido de personas que usaron las tragedias en sus propias vidas como trampolín para la sumisión a Dios. He sabido de gente con problemas personales y dificultades familiares, gente que se las ha visto con la tragedia, la muerte y la enfermedad, que se han vuelto a Dios, sin haberlo tomado en cuenta antes de que sus dificultades comenzaran.

Cuando tenemos una crisis, llegamos a un cruce de caminos. Es la oportunidad de alejarnos del amor de Dios, o de fortalecernos para subir la montaña del amor de Dios. Con la ayuda de Dios podemos convertir una horrible dificultad en una maravillosa bendición.

Con la mirada puesta en Dios

El haber sido criado en la casa de Faraón, fue un privilegio para el primer libertador. Siendo un hombre de cuarenta años, Moisés no conocía otra cosa que las mejores comidas y comodidades de la casa del rey. No obstante, este hombre, conocido como «sacado de las aguas» (Moisés), tuvo que huir del único hogar que siempre había conocido. En el sermón de Esteban, el cual se registra en Hechos 7, él habla de Moisés como un hombre que tuvo todas las ventajas que un joven podía soñar: «... la hija de Faraón le recogió y le crió como a hijo suyo. Y fue enseñado Moisés en toda la sabiduría de los egipcios; y era poderoso en sus palabras y obras» (Hechos 7.20–22). Algunos eruditos creen que Moisés (siendo el nieto del faraón de ese tiempo) había sido aprestado para que fuera algún día Faraón de Egipto. Hay algo de ello en tal sentido en el sermón de Esteban. Esto también es manifiesto en Hebreos 11:

Por la fe Moisés, hecho ya grande, rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón, escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios;... (Hebreos 11.24–26).

De alguna manera, Moisés llegó a saber quién era él. No era como los egipcios. Tal vez su madre le enseñó que era diferente. No era egipcio. Era hebreo—estaba relacionado con toda aquella gente maltratada. Un día que salió y observó todos sus duros trabajos, atacó y mató a un egipcio que estaba maltratando a uno de sus familiares (2.11–15). No pudo resistir más. A raíz de este incidente renunciaría a su estatus real.

Moisés creyó que lo recibirían como libertador de Israel. Estaba consciente de su propósito. A la edad de cuarenta años, estaba preparado para comenzar el proceso de libertar a su pueblo. Después de que mató al capataz egipcio, vio a dos hebreos peleando, y Moisés trató de detener la pelea. Moisés vio en cada uno de los dos hombres, a un hermano, a un semejante, a alguien con el mismo interés en liberarse de la opresión egipcia. Ellos vieron en Moisés a un rico hebreo, echado a perder, el cual había tenido la buena fortuna de haber sido criado en la casa de Faraón, y le hablaron ásperamente: «¿Quién te a puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros? ¿Piensas matarme como mataste al egipcio?». Moisés tuvo miedo, pues el homicidio por él cometido, ya era conocido. Tendría que huir de Egipto. Cuando Faraón oyó lo que Moisés había hecho, lo buscó para matarlo; pero Moisés había dejado el país, había viajado a Madián y estaba sentado junto a un pozo.

Para este tiempo de la vida de Moisés, es probable que se preguntara si no había echado a perder todo aquello por lo cual había vivido. No obstante, Moisés tenía un propósito claro. Hechos 7.25, dice: «Pero él [Moisés] pensaba que sus hermanos comprendían que Dios les daría libertad por mano suya; mas ellos no lo habían entendido así».

Aunque es probable que Moisés se desanimara y se desilusionara, no permitió que esto le oscureciera su mirada puesta en Dios. El libro de Hebreos deja en claro que Moisés resistió, viendo a Dios por la fe. Sabía que lo mejor para él, sería aceptar el galardón de Dios, aun siendo un esclavo israelita, que aceptar el galardón por ser egipcio (Hebreos 11.24–27).

Nosotros debemos tomar decisiones parecidas. Debemos decidir de quién recibiremos los galardones. ¿Serán los galardones de Dios o los del materialismo, los del cielo o los galardones temporales que el mundo ofrece?

Hay sorprendentes paralelos entre la vida de Moisés y la de Cristo. Notemos algunas similitudes entre estos dos hombres en sus respectivos tiempos.

UN PARALELO ENTRE EL PRIMER LIBERTADOR Y EL SEGUNDO

Ambos eran libertadores

Hemos observado la obra de Dios cuando proporcionó un libertador a los esclavizados israelitas. En otro tiempo y lugar, un segundo libertador estaba disfrutando de la gloria de Su Padre, en un lugar real, no de este mundo, sino de los cielos, revestido de la aprobación y amor de su Padre. Él era «en forma de Dios». Aunque era la imagen de la bondad y grandeza de su Padre, no tenía sed de poder. Este Salvador de los cielos había sido «la mano derecha de Dios» desde el comienzo de los tiempos. Había ayudado a Su Padre a crear el universo. Sin Él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan 1.3).

Este Salvador no tendría que huir de Su morada celestial. Con la bendición de su Padre, el Rey, saldría voluntariamente.

Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2.5–8).

Cuando Jesucristo estaba creciendo, Él sabía que era diferente de los demás. Era un hombre con una misión. Cuando apenas tenía doce años de edad, se sentó en el templo y habló con los expertos de la ley y los dejó sorprendidos con su conocimiento. Cuando su preocupada madre lo encontró allí, después de haber viajado alguna distancia, pensando que se encontraba con otros familiares, ella le preguntó por qué se había quedado en el templo. Esto fue lo que respondió: «¿No sabías que en los negocios de Mi Padre me es necesario estar?» (Lucas 2.49). Ya desde su temprana adolescencia, este nuevo Libertador sabía quién era Él. Era el Hijo del Rey, Hijo del Altísimo.

Moisés salió de Egipto hacia la desierta tierra de Madián. «... Y Moisés convino en morar con aquel varón [Jetro, el sacerdote de Madián]; y él dio su hija Séfora por mujer a Moisés. Y ella le dio a luz un hijo; y él le puso por nombre Gersón, porque dijo: Forastero soy en tierra ajena...» (2.16–25). Esta tierra no brindaba mucho en comparación con aquello a lo que estaba acostumbrado. El refinamiento, los lujos y la gloria, ya no eran suyos. Pronto se convertiría en un pastor común, un hombre común, con un trabajo común. Durante

cuarenta años cuidaría ovejas en el desierto. Ni se imaginaba que estaba siendo preparado para servir como pastor de su pueblo.

El segundo Libertador, Jesucristo, se despojaría a sí mismo de su gloria y poder para llegar a ser un hombre. Aprendería el oficio de su padre terrenal, la carpintería. Este Salvador sería un artesano. Moldearía a los hombres, no sólo los pastorearía. Tomaría hombres que eran pescadores y los haría pescadores de hombres. Tomaría hombres que eran comunes y los haría hombres de poder.

Este segundo Libertador también era pastor. En cierta ocasión Jesús miró a una gran multitud que le había escuchado casi todo el día y se lamentó porque parecían ovejas sin pastor (Mateo 9.36; Marcos 6.34).

Dios, a través de Moisés, liberó a Israel de la esclavitud egipcia. Dios, a través de Jesús, puede liberar a todos los hombres de la esclavitud del pecado.

Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: ... y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Le respondieron: Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: Seréis libres? Jesús les respondió: De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado. Y el esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre. Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Juan 8.31–36).

Los dos llegaron a ser mediadores

Un mediador es una persona que lleva y trae —en este caso, una persona que lleva y trae entre Dios y el hombre y que media la paz. Gálatas 3.19, dice: «Entonces, ¿para qué sirve la ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniese la simiente a quien fue hecha la promesa; y fue ordenada por medio de ángeles en mano de un *mediador*» (énfasis nuestro). Esto se refiere a Moisés como mediador. Dios puso su ley en manos de este mediador, Moisés (3.18).

Cristo también es mediador, pero lo es para toda la humanidad: «Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1^{era} Timoteo 2.5).

Los dos fueron salvados siendo niños

Faraón había dado la orden de que a todo varón hebreo que naciera se le diera muerte. Temía que los hebreos un día tomaran el país. Jesús, por otro lado, vivió en tiempos de un rey paranoide. Herodes, quien había oído de los magos que un rey de los judíos había de nacer, se comportó como un loco tomando las vidas de los niños de dos años o

menores, de Belén y las regiones de alrededor.

Irónicamente, Moisés fue salvado en Egipto, y los padres de Jesús huyeron a Egipto para hallar liberación. Más adelante Moisés, para salvar su vida, tuvo que huir de Egipto.

Los dos se despojaron a sí mismos

En los tiempos de Moisés no había lugar más alto, ni más glorioso, ni más rico, para ser criado, que la casa de Faraón en Egipto. Jesús había estado con su Padre celestial por toda la eternidad, en los cielos, con todo su esplendor y gloria. Moisés dejó su palacio real para ocupar el lugar de un pastor. Vivió como todo mundo. Jesús hizo lo mismo. Dejó su hogar de gloria para estar con nosotros: «... el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Filipenses 2.6–7). Sobre esta tierra, él vivió humildemente con su padre terrenal, un carpintero.

Ninguno de los dos fue comprendido

En el sermón de Esteban, leemos que Moisés creía que el pueblo entendería, que él había de ser el libertador que los sacaría a ellos de la esclavitud (Hechos 7.25). Como no entendieron, Moisés tuvo que salir, y regresar cuarenta años después. Sin embargo, al final, este salvador rescató a su pueblo por el poder de la mano de Dios.

A Jesús tampoco lo comprendieron: «A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1.11–12). El Creador, personificando todo el amor que Dios tiene por los pueblos del mundo, vino a la tierra y no fue comprendido. En Juan 1.10–11, dice: «En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron». Se le consideraba un causante de problemas, el simple hijo de un carpintero, un falso profeta. Algunos lo llamaron blasfemador. Ni siquiera los mismos apóstoles entendieron que la misión de Jesús era liberar a la gente de la esclavitud de la culpa y del pecado, que no era liberarlos de la opresión romana.

De todas las personas que han vivido en el mundo, Jesús es todavía al que menos se le ha comprendido. Muchos son incapaces de comprender por qué murió por nosotros. Aún así, él fue levantado y todos los pueblos fueron atraídos a él. Su cuerpo crucificado es nuestra salvación.

Nosotros entendemos, ¿verdad que sí? ¡No hemos visto, sin embargo creemos! Jesús es el

Salvador para todos los tiempos de todo el que lo reciba, se someta a Él, lo ame y le sirva. Tanto Moisés como Jesús hicieron grandes sacrificios, tan sólo para no ser entendidos por los que los rodearon.

Uno huyó de la muerte; el otro se sometió a ella

Hay una importante diferencia entre estos dos libertadores: Uno huyó de la muerte, mientras que el otro se sometió a ella. Por supuesto, lo que Moisés hizo tenía su propósito. Moisés sirvió a los propósitos de Dios cuando dejó Egipto para regresar otro día. Jesús, no obstante, dio su vida cuando fue amenazado de muerte. Había sido malentendido y tratado injustamente. Sufrió terriblemente, pero todo fue parte del propósito de Dios para Él. Bebió de la copa, el sufrimiento de la cruz, para que nosotros pudiéramos tener el perdón de nuestros pecados.

Moisés fue un salvador a regañadientes. Dios estaba preparado para intervenir en la historia, pero Moisés dudó de su propia capacidad. Cuando Dios le habló, Moisés ocultó su rostro. Dios estaba preocupado por el sufrimiento de Su pueblo y quiso liberarlo, pero Moisés le salió con excusas.

Dijo: «No puedo hablar. Soy débil. ¿Cómo podré ir a este pueblo? No escucharán».

En otro tiempo, Dios le preguntó a su Hijo si iría a liberar a Su pueblo. Él dijo: «He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí» (Hebreos 10.7). Jesús dijo que Él haría cualquier cosa, incluso si ello significaba sufrir y morir. No puso excusas. Jesús no ocultó su rostro de Dios. ¡Cuán cálida sensación de bienestar trajo Jesús a la tierra con Él! Él representó un gran amor y proporcionó una gran liberación.

CONCLUSIÓN

Jesús, *su* Libertador, espera por usted. Él se ha ido a los cielos delante de usted para mediar por usted ante el Padre. Su sangre está siempre en la mente de Su Padre. Dios perdona por causa de esta preciosa sangre.

¿No le dará usted a Cristo su vida ahora mismo bautizándose? ¡Dele todo a Él! Dele sus crisis, sus tragedias, sus decepciones, sus desalientos, sus desilusiones, sus culpas, y sus fracasos. Cristo le dará a usted una nueva vida si usted lo deja actuar. ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados